

SAN JOSE, COSTA RICA

15 Febrero de 1912

Año II



Núm. 27

# RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia  
Pedagogía Racionalista

DIRECTORES:

Anselmo Lorenzo  
José María Zeledón

EDITORES:

Falcó & Zeledón  
Apartado 638

## SUMARIO

### SOCIOLOGIA

El Proletariado emancipador. III - El progreso burgués. .... *Anselmo Lorenzo*

Conferencias populares sobre Sociología. III - Sociología - Sociedad. .... *A. Pellicer Paraire*

### PAGINAS LITERARIAS

Voz de combate. .... *Alberto Ghirardo*

Torna al pueblo. .... *J. Albertazzi Avendaño*

Las manos de las madres. .... *Andrés Duque*

### CRONICAS SOCIALES

La ley del progreso triunfará. .... *Isaac G. López*

Epílogos. .... *José María Zeledón*

PENSAMIENTOS. .... *Montaigne*

**20 cénts.**

Imprenta de Avelino Alsina  
SAN JOSE, COSTA RICA

# BIBLIOTECA DOMENECH

## NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS  
alternadas con

LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

**A cuatro reales tomo**

OBRAS PUBLICADAS

**Almas anónimas**, Ednardo Marquina.  
**Manzana de Anís**, Francis Jammes.

**El caso Leavenworth**, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.

**Jacobé**, Joaquín Ruyra.

**Zalacain el aventurero**, Pío Baroja.

**Juventud de Principe**, W. M. Forster.

**Tom Sawyer, detective**, Mark Twain.

**El amor catedrático**, G. Martínez Sierra.

**La enjuta**, Víctor Catalá.

**Dios salve á la Reina!**, Allen Upward.

**La bella dormía en el bosque...**, François de Nion.

**Rebeldía**, Joaquín Dicenta.

**El señor de Halleborg**, A. Hedenstjerna.

**Casa por alquilar**, Carlos Dickens.

**Minnie**, Andrés Lichtenberger.

**El dragón de fuego**, Jacinto Benavente.

**Boda oficial**, R. H. Savage.

**Rey en la tumba**, Anthony Hope.

**Fausto**, Ivan Turgueneff.

**El silencio**, Eduardo Rod.

**Jerusalén en Dalecarlia**, S. Lagerlof.

**Historias de locos**, Miguel Sawa.

**Kolstomero**, León Tolstoi.

**Ernestina**, Prudencio Bertrana.

**El hurto sabroso**, novela árabe, traducida por José Carner.

**Apuntes de un desconocido**, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.

**Las cerezas del cementerio**, G. Miró.

**El espada Montes**, Frank Harris.

**La voz de las campanas**, C. Dickens.

### EN PRENSA

En preparación la sentidísima novela, de fama mundial, del insigne novelista americano JORGE ISAACS, **MARIA**.

La edición de esta obra á cargo de la «Biblioteca Domenech» será la mejor de cuantas se hayan publicado.

La ilustrará profusamente el celebrado dibujante J. JUNCEDA.

**Nerto**, Federico Mistral.

**Sus hermanas**, Henri Lavedan.

**El Lunar**, Alfredo de Musset.

**La Puñalada**, Marián Vayreda.

**Ansias de Vida**, Luis Q. Huertos.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

**Ricardo Falcó M. y José María Zeledón**

79 Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

### OBRAS NUEVAS

**Apuntes de un desconocido.**—**Las cerezas del cementerio.**  
**El espada Montes.**—**La voz de las campanas**

**El dragón de fuego y Fausto** que estaban agotadas hacía tiempo.

San José, Costa Rica

15 Febrero de 1912

# RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA-ARTE-CIENCIA  
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Año II

Núm. 27

## El Proletariado emancipador

III

### El progreso burgués

En nuestro estado actual se camina de prisa, y mientras los que todavía se atienen al criterio de «tanto tienes tanto vales» acumulan dinero en sus cajas de ahorro mutualista, de ganancia cooperativa, ó de lucha resistente, los ingenieros industriales inventan máquinas, sustituyen obreros por obreras y por niños y combinan fuerzas y motores que producen con asombrosa rapidez, y va aumentándose el número de los obreros sin trabajo de un modo terrible, con lo que sobrevienen las crisis de la sobreproducción que, no sólo nos reducen á la miseria por falta de jornal, sino que se complican con las guerras por los mercados, por los tratados de comercio, por las farsas del patriotismo y también porque los Estados necesitan colonias donde colocar su excedencia de hombres y de dinero, y para desviar la atención popular de los adelantos y demostraciones de la sociología y evitar los avances de la revolución.

En el día todo el mundo conoce el secreto: la diosa de la guerra y el dios de los ejércitos son viajantes de comercio que, á semejanza de los compañeros de Colón, ofrecen cascabeles y cuentas de vidrio á cambio de riquezas naturales de los países rezagados en la vía progresiva. La pólvora seca del patriotismo más caballeresco se calcula como partida inscrita en el libro de cuentas del agiotista.

Concretándome á considerar la resistencia como la acción proletaria predominante, tenemos que los resistentes de hoy reglamentan la acción para la lucha de clases como la concibió La Internacional, como lógicamente podía concebirse todavía medio siglo atrás, sin tener en cuenta el avance de la aplicación de la ciencia á la industria; pero el tiempo pasa y con él pasan las condiciones especiales de cada modo de ser accidental, aunque en ciertos países, por el atraso burgués, no se manifieste claramente por el momento.

Ello es que las antiguas sociedades de oficio van careciendo día por día de existencia real, porque por la actual transformación de la industria, el antiguo tejedor, por ejemplo, que movía las cárcolas con los pies y tiraba la lanzadera con una mano y la cogía con la otra, ve como un milagro la transformación que sufre la materia prima, por no decir la materia bruta, entrar por un lado de la máquina y salir por otro convertida en hermoso producto, como si en un momento y con enorme economía de tiempo, manipulaciones y jornales lo hubiera elaborado una hada poderosa; el carpintero tomaba la madera cortada según los tipos establecidos y construía toda clase de muebles ordinarios, diferenciándose del ebanista en que éste hacía muebles de madera fina y los barnizaba y pulimentaba, en tanto que hoy con la

aplicación de la mecánica y la división del trabajo hay obreros especiales para serrar, sepillar, escoplear, barnizar, etc., que sólo saben ejecutar esas operaciones, y no son capaces por sí solos de construir un mueble, ó, si lo son, no pueden hacerlo en condiciones económicas, no ganarían el jornal; el zapatero clásico del tirapié, la lezna y el cabo, de manos callosas y llenas de cerote, huelga ó ejerce de remendón en un barrio pobre, mientras la máquina llena los almacenes de calzado elegante y charolado para la exportación; la linotipo y la rotativa difunden la ciencia, pero han dado golpe mortal á los asalariados de la tipografía, dejando en poco lucida posición á los burgueses que quieren pulir el arte de Guttemberg como si no existiera el industrialismo y la mecánica, y en general los antiguos cuerpos de oficios se van transformando en masas de peones que se disputan las relativamente escasas plazas que, para tanto desocupado, van quedando, plazas que con corta explicación, escasa inteligencia y monotonía práctica, puede desempeñar el primer ganapán que se encuentre.

Y no es eso sólo, sino que la mecánica progresa incesantemente, y se han inventado máquinas para hacer máquinas, y hay industrias en que así como en un principio el obrero era un simple servidor de la máquina, ahora la máquina le vigila, le tiraniza, le acusa, por cuanto mide y cuenta con exactitud matemática el trabajo del obrero en la ínfima y hasta despreciable parte que se le asigna en la producción.

La fuerza de las cosas tiende á que los trabajadores, despojados de su antiguo carácter de artesanos y convertidos en peones, no se clasifiquen por oficios, sino por la clase de máquinas para cuyo servicio se les alquila.

Esa tendencia va haciendo que oficios enteros se sumerjan en la servidumbre común en que yacen todos los trabajadores que actúan como servidores de las máquinas, que nuevas máquinas reemplacen á las antiguas,

inutilizando otros muchos grupos de trabajadores, arrojándonos á la masa cada vez mayor y horriblemente grande de los sin-trabajo, de los sin-esperanza, de los que cobraron y gastaron su último jornal, inapelablemente excluidos del banquete de la vida, de esos infelices compañeros nuestros que emigran á barcadas llenas, ó andan por ahí creando conflictos de orden público, muriéndose en un rincón, dejándose matar como perturbadores que piden pan ó vendiéndose como esclavos por la pitanza y el albergue en las esplendorosas ciudades de la República modelo.

Porque la verdad es, y no me cansaré de repetirlo, que las fuerzas industriales artificiales monopolizadas por el capitalismo propietario se multiplican de un modo asombroso, que los obreros de hierro reemplazan en todas partes á los obreros de carne y hueso, y que si por el antiguo y vigente derecho romano el proletario era el hombre-cosa al servicio y bajo la dependencia del hombre-persona, al fin era también el soldado que extendía los dominios del gran imperio y podía ser propietario en los países conquistados, en tanto que en el día, desde que la herramienta mecánica reemplaza la competencia ó la concurrencia del hombre, el capitalismo no alquila al obrero más que durante el período más productivo de sus nervios y de sus músculos, y en cuanto no puede ya producir el máximo de beneficios ¡á la calle! ¡al montón de material inútil, como si fuera hierro viejo!

Como consecuencia, en el cuadro de la vida queda trazada la curva de la muerte del proletario y señalada la edad que ha de cumplir la sentencia de muerte industrial, cuando ha podido librarse de las innumerables causas mortales que se le han presentado.

En resumen, el obrero, separado de la tierra y del instrumento de trabajo, despojado de su oficio, inutilizada y perdida su habilidad profesional, obligado á emigrar para buscar trabajo, desprovisto de toda protección, sin hogar, queda inutilizado y sin valor,

sometido á una condición inferior á la del esclavo, puesto que carece de alimento y de albergue, algo semejante á la del paria en lo tocante á la miseria y al desprecio, sólo con la ventaja de tener libre el paso á las condiciones superiores si por la casualidad ó por la audacia se abre vía; pero por lo mismo el que llega, el que individualmente se emancipa, se convierte en el peor enemigo de sus antiguos compañeros.

Ténganlo presente, y no atribuyan á exageración el triste cuadro expuesto, cuantos obreros van vegetando todavía con su oficio entre los restos de la antigua industria que aun quedan en

España y que ya no sirven para la exportación por incompatibles con la industria extranjera, á causa del atraso mental y volitivo de nuestra burguesía. Consideren esos obreros, relativamente privilegiados en las actuales circunstancias, que la transformación industrial que no ha llegado aún, llegará infaliblemente pronto, y no forjen la ilusión de que por el ahorro, la previsión y el voto pueden hacer frente á la avalancha de miseria que se les aproxima, impulsada y atraída por la voracidad capitalista.

ANSELMO LORENZO

## CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA

### III

#### Sociología

Terminada la primera parte de nuestro trabajo—*el conocimiento de la Naturaleza*—corresponde á la segunda *el conocimiento de la Humanidad*, entrando de pleno en los dominios de la *Sociología*:

Es ésta una ciencia modernísima, por la sencilla razón de que, representando verdaderamente el *summum* del saber, no ha podido adquirir tal rango sino después que las otras ciencias se han constituido formalmente; pues sin la biología, la antropología, la etnografía, la climatología, la historia y tantas otras ramas científicas, la sociología no tendría una base positiva, ya que de todas ellas toma sus más ricos materiales.

En tanto las ciencias todas no adquirieron su plenitud, la ciencia social no traspasó los límites de la mera filosofía; paralelamente á generosos ideales, sosteníanse incomprensibles absurdos y tremendas injusticias en obras meritorias, que si dan perfecta idea del estado social de la época en que se produjeron, siendo excelentes datos y fundamentos para la Sociología, revelan con cuánta dificultad se ha elaborado esta ciencia, como son también

la más elocuente demostración de que sólo cuando se han desvanecido los que eran misterios de la Naturaleza ha podido afirmarse y desarrollarse con las condiciones propias de toda ciencia.

No debe olvidarse que la Sociología es una de las ramas de la Ciencia que tiene por misión estudiar todos los aspectos del ser social, investigar las condiciones de su existencia y deducir los principios fundamentales sobre los que debe asentarse la sociedad humana para el logro de su mayor bienestar posible.

Ahora bien: reconstituída la historia del hombre de modo tan cierto que los más reaccionarios y metafísicos tienen que rendirse ante la evidencia de las innumerables pruebas acumuladas, negativas de todo concepto extranatural y de todas las leyendas religiosas, si ricas en fantasía, completamente ignorantes de la realidad de las cosas, sabemos que los orígenes de nuestra especie no son otros que la más alta perfección del desarrollo de la animalidad y de la vida de todos los seres, que desde el protoplasma evoluciona hasta el hombre en el progresivo encajamiento de las formas de la ma-

tería; sabemos que la grosera forma humana primitiva, durante siglos, apenas si se diferenciaba de sus semejantes los grandes monos, no siendo el hombre más que un mono más perfecto; que más tarde fué el salvaje de las cavernas; que aguzando sus aptitudes para la defensa de cuantos elementos le molestaban, y en el anhelo constante de la mejor satisfacción de sus necesidades, llegó el portentoso descubrimiento del fuego y á saber utilizar ciertas piedras, que convirtió en armas, sentando los rudimentos de la primera civilización; y que á partir de esta época se camina de progreso en progreso en todos sentidos: se conocen y trabajan los metales, se fabrican instrumentos para el cultivo de la tierra, se hace más fácil la caza y la pesca, se domestican animales, la sociabilidad se desarrolla en grande escala y llegase pronto á constituir numerosos pueblos.

Y á todo esto, ¿dónde, cuándo, cómo colocar el famoso cuento paradisiaco? Ello es de todo punto imposible.

En cambio se explica, con perfectísima lógica, que cuando el hombre no contaba con medios de investigación, sin experiencia del pasado, unas veces asombrado ante las bellezas naturales, otras subyugado por el imponente espectáculo del desencadenamiento de los naturales elementos, ora observando la carrera de los astros, ó la sucesión de los días y las noches: toda esa, para él, rara movilidad de las cosas y de los seres, explica bien que atribuyera á fuerzas desconocidas, propias de más poderosos seres, lo que no podía alcanzar su pobre facultad pensante; pues, como dice Volney, «no es Dios quien hizo el hombre á su imagen; fué el hombre quien hizo á Dios á la suya; él le dió su espíritu, le revisió de sus atributos, le prestó sus juicios».

Y en consecuencia, con Büchner podemos afirmar que: «el hombre no tiene que agradecer á nadie su existencia, el fin de su vida está en sí mismo, y consiste en procurar su bien particular, así como el de la especie».

Con lo expuesto hasta aquí hay bastante para saber lo que es el hombre, primer dato sociológico. Veamos ahora qué es y cómo es su sociedad.

**Sociedad** Por el estudio de la Naturaleza sabemos que las asociaciones moleculares y celulares constituyen todos los cuerpos y todos los seres: de lo cual se deduce que *la asociación es un principio universal de la Naturaleza*.

Observando la organización y las costumbres de los animales, vemos, en primer término, imponerse la asociación familiar como complemento necesario de la vida individual y para la propagación de las especies, y en segundo lugar, ensancharse este agrupamiento hasta constituir verdaderas sociedades, á causa de necesidades naturales fuertemente sentidas, como nos lo demuestran desde las hormigas y abejas, entre los pequeños animales, hasta los búfalos, elefantes y orangutanes, entre los más grandes. Y siendo el hombre el animal más perfecto y más consciente, por necesidad y por conveniencia no podía dejar de constituir su sociedad, y en relación directa de su perfección, más compleja y elevada su sociabilidad. Así nos explicamos cómo el principio natural de la asociación se extiende hasta lo que se llama Sociedad. En consecuencia, *la sociedad humana se fundamenta en la Naturaleza*.

De lo que sería nuestra primitiva sociedad pueden darnos buena idea ciertas tribus que viven todavía en estado salvaje ó semi-salvaje en Africa, América, Asia y Australia, que no han podido elevarse á mucha más altura que las sociedades de los gorilas ó chimpancés, bien sea á causa de imperfección craneana ó por condiciones climatológicas, ó por ambas circunstancias á la vez, y cuya vida es puramente la de la animalidad, apenas sin organización social ó muy sencilla.

Mas dejando aparte esas estacionarias sociedades, la raza humana, no sin gran fatiga, fué progresando de

modo que llegó á constituir sociedades tan complejas y renombradas como las de India, China, Egipto, Siria, Persia, Grecia, Roma México, Perú y tantas otras antiguas y modernas que en mil historias se describen, hasta alcanzar la universalizada Sociedad de la época presente.

Ciertamente que es un estudio curioso y útil seguir paso á paso las evoluciones de la bestia humana hasta constituir esas sociedades en que parece desligada de la mera animalidad, y presentarse, cual privilegiado ser de la Naturaleza, en su orgullo estúpido; pero bosquejarlo solamente nos llevaría á traspasar los límites de nuestro trabajo, de puros lineamientos de un plan de elementos de sociología popular, para engolfarnos en un cúmulo de datos cuya exposición, ordenamiento, análisis y deducción abarcaría proporciones incommensurables. Esta obra debe dejarse al especialista debidamente preparado para ello, y no puede esperarse que la realice una multitud. Bástele á ésta el conocimiento sintético para que cada individuo procure la certidumbre por la comprobación analítica que pueden ofrecerle innumerables producciones de profundos pensadores.

Sin embargo, resumiendo las conclusiones de sociólogos eminentes, daremos una idea de la evolución social humana, diciendo: que los mamíferos humanos, más débiles ó más mal armados que gran número de sus competidores del reino animal, se reunieron instintivamente en pequeños grupos: errando por los bosques, desnudos, sin armas; devorando los comestibles; realizando los fines del amor á la manera de las bestias: constituyéronse en pequeñas hordas, sin moral, sin leyes, sin industria; cada grupo vivía en promiscuidad, sometido al más fuerte, como los chimpancés. Todas las razas humanas han pasado por este estado. El espíritu de solidaridad y auxilio mutuo, cada vez más desarrollado, hizo que unos grupos ayudasen á los otros en los peligros; la asociación mejoró un poco; constituyóse la familia

con caracteres más definidos; la industria progresó, y una vez el instinto social más desarrollado, la unidad étnica se agrandó; varias hordas se unieron; se instituyó la tribu; y por la guerra se establecieron las primas clases aristocráticas, se enalteció el sacerdocio, y la esclavitud fué el gran botín de las clases privilegiadas, creadas por la brutalidad de la fuerza y la astucia de los más expertos, llegando por su permanencia á juzgarse á los esclavos como seres predestinados á servir á sus semejantes; cual si no fuesen de igual condición que los otros hombres, necesitándose que el gran Epicuro revelase á la humanidad *que el esclavo era un hombre*. ¡A tal extremo alcanzó la aberración humana!...

Mas abandonando la investigación de lo que fué por el examen de lo que es, y ateniéndonos á la verdad científica, que es la revelación de la Naturaleza, imposible de ser conocida antes porque no se contaba con los medios de comprobación propios de la cultura moderna, se nos presenta planteado este problema: la sociedad humana, naturalmente constituída, ¿se ha organizado y desarrollado conforme á lo que podemos llamar leyes naturales? Esta es la gran cuestión, que, para esclarecerla y resolverla, necesario es que filosofemos un poco.

Es fácilmente concebible y demostrable que toda alteración de las condiciones naturales y cuanto opuesto á la Ciencia sea, esto es, la experiencia positiva, es contrario á la salud, á la paz, al goce del individuo, como asimismo del cuerpo social, puesto que se involucra el bienestar individual con el colectivo: de tal suerte, que no es posible la satisfacción particular con el malestar social, ni el goce común con la desdicha del individuo. Es un componente la sociedad de individualidades: si éstas están bien, el conjunto resulta bueno; si la masa social sufre, es porque sus miembros padecen. No existe otro dilema. De esto se sigue que la sociedad humana no puede hallarse en su centro natural, en la plena posesión de los grandes

goces que la Naturaleza y la Ciencia le ofrecen, sino á condición de establecerse de perfecto acuerdo con una y otra.

¿Se ha realizado este acuerdo? La prueba negativa la está mostrando el hecho del intenso malestar que sufrimos; las ansias de todos á calmarle; el afán de los pensadores en procurar eficaces soluciones para extinguirlo.

Además, ¿la humanidad ha progresado, ha mejorado? Todo el mundo ilustrado, y con él la historia y la sociología, nos dicen que sí. No es comparable nuestra época con las fenecidas; un progreso efectivo se ha realizado; por más que quiera forzarse la nota opuesta, no resulta que los períodos históricos de la edad media ó antigua, de los bárbaros ó primitivos, sean, de mucho, ni mejor ni iguales á los actuales, sino, por el contrario, de un nivel muy bajo comparativamente al nuestro. Es más: no existe comprobado que la reacción sea un hecho; habrá estacionamientos, ciertos aparentes y momentáneos retrocesos, dependientes de avanzamientos, quizás, precipitados, pero nunca positiva reacción en la marcha general de la humanidad. Luego no es dudoso que si en el actual estado social no se ha verificado la armonía del hombre y la sociedad con la naturaleza, y por efecto de esta causa sufrimos, menos se realizó en los pasados tiempos; y, por lógica deducción de lo conocido, podemos afirmar rotundamente: que *la sociedad humana no se organizó conforme con la Naturaleza*.

Examinemos de otro modo la cuestión: ¿Cómo puede explicarse la sociedad natural? El distinguido sociólogo Letourneau dice que «hay estado social cuando los seres dotados de más ó menos sensibilidad, de voluntad y de inteligencia *persiguen juntos un propósito común*»; definición exactísima.

¿Cuál es este común propósito? No es concebible que sea otro que la aspiración á la más fácil satisfacción de las necesidades, del mayor goce, del mejor bienestar de cada individuo. El sentido común indica que si el indivi-

duo no había de conseguir ventajas con la asociación, camparía solo, en tanto no se le subyugase. Sea que el hombre, como los demás animales, se haya agrupado para ofrecer más eficaz resistencia á cuanto le fuese enemigo, ó bien para con mayor facilidad proporcionarse medios de vida y estabilidad, aun sin contar con la impulsión amorosa y familiar y el instinto de conservación, ó por todas estas causas, siempre resultaría que cada individuo ha buscado en la vida común, en la sociedad, el complemento de la satisfacción de necesidades y de goces que aisladamente no hubiera podido conseguir. El razonamiento es bien lógico.

Sentada esta premisa, es también lógico suponer que no puede el asociado obtener el fin propuesto sin una igualdad social, ya que es positivo que toda desigualdad de condición implica privilegio para unos en perjuicio de otros, y, por tanto, no podríase «perseguir juntos un propósito común», como dice Letourneau.

Por otra parte, es una cuestión de derecho. Como afirma Siéyes, «la Naturaleza da al hombre *necesidades y medios* para satisfacerlas; siendo dos hombres *igualmente* hombres, ambos tienen en *igual grado* todos los derechos que proceden de la naturaleza humana»; añadiendo que «la *asociación* es uno de los medios indicados por la Naturaleza para alcanzar el bienestar».

Y bien: de completo acuerdo con Siéyes y Letourneau, preguntamos: ¿las antiguas instituciones de castas sacerdotales, autoritarias, militares, ricas, paralelamente á la de los sudras, parias, ilotas, plebeyos ó pobres, y las actuales clases aristocráticas y mesocráticas, toda suerte de privilegiados, en fin, á la par de las clases proletarias, son conformes á la Naturaleza, al derecho igualitario de los asociados, persiguen todas ellas un propósito común, obtienen los individuos todo el fin propuesto? La sola enunciación de estos hechos, el espectáculo de la sociedad presente, son la más elocuente respuesta negativa, á no ser que se

desmintiera la historia real de la humanidad, cosa ya de todo punto imposible.

Todas cuantas instituciones sociales se han creado, y aun hoy subsistentes en la misma ó variada forma, responden innegablemente á las preocupaciones religiosas, á jerarquías autoritarias, á prepotencias económicas, al predominio de la fuerza. Las costumbres, las leyes, la familia, la educación, la moral, la libertad, el derecho, la justicia, la industria, el comercio, y también el arte, y aun cierta mercenaria ciencia, hállanse subordinados á los poderes religiosos, políticos, económicos y militares fuertemente enlazados y solidarios en la común explotación del resto de la humanidad; procuran los primeros la resignación y la mansedumbre de las masas; imposibilitan cuanto pueden los segundos todo avance reivindicatorio del pueblo subyugado, por medio de un encadenamiento jurídico y penal; exprimen y absorben los terceros todo el jugo de los trabajadores; y se encargan los últimos de sostener los privilegios de todos los opresores, y á la vez los suyos, por medio de la organización de la fuerza. Tales son las bases sobre las cuales descansa el edificio social, de todo punto contrarias á la Ciencia, á la Naturaleza, á la dicha de la humanidad.

Es, pues, un hecho positivo que las leyes naturales se han quebrantado y repudiado, transcurriendo unos siglos tras otros, sin poder desmentir todavía aquellas célebres palabras de Mirabeau: «No conozco sino tres maneras de existir en la sociedad: es preciso ser mendigo, ladrón ó asalariado». Y esto no es ni puede ser la sociedad basada en la Naturaleza y en la Ciencia; y en consecuencia, contrario al régimen igualitario, sin el cual no puede existir el derecho, la paz, el bienestar.

¿Cómo la humanidad se apartó del orden natural de las cosas, penetrando en los dominios de la arbitrariedad? Repetidamente lo hemos dicho: *por la ignorancia*. En vez de adoptar una simple organización sólo para mejor

satisfacer las necesidades individuales y colectivas, *sin más cohibiciones que las que la misma Naturaleza ofreciera*, viviendo entre sí los individuos con la misma igualdad con que la Tierra sustenta á todos los seres, se guió por sus grandes preocupaciones y errores, interpretando muy mal á la Naturaleza, y á la concepción de la arbitrariedad creadora de los mundos sucedió la arbitrariedad social. Y que equivocó la humanidad el camino pruébalo el hecho de la constante rebeldía, á pesar de la ignorancia, acosado el hombre por un tan extraordinario sufrimiento que no ha podido sobrellevarlo sin protesta, por más que no haya podido precisar el modo de emanciparse totalmente por falta de ciencia.

¿Qué son tantas guerras y revoluciones que narra la historia sino nuevas posturas para hallarse mejor, cambios y nuevas vistas para aliviar su malestar? ¿En qué libro no se encuentra manifiesta la constante desdicha, la continua queja y la ardiente lucha?...

No es menester ciertamente más para evidenciar que *no vivimos de acuerdo con la Naturaleza y con la Ciencia*; concluyendo que: *para que la sociedad realice sus fines—el bienestar individual y colectivo—es indispensable la igualdad para todos los seres que la constituyen*.

Por lo manifestado tenemos una idea de lo que es la sociedad natural, de lo que es la sociedad humana, su equívoca marcha y á lo que se encamina; pero es preciso ahondar más, haciendo un análisis crítico, por ligero que sea, de esas *sagradas instituciones*, los más firmes puntales de la sociedad presente, denominadas *religión, autoridad, propiedad, militarismo*, para deducir si ellas son útiles y necesarias á la humanidad, si conciden con el principio de la igualdad, primera base esencial para el bienestar común.

Mas sería fatigar demasiado el entendimiento si lo hiciéramos ahora, y será mejor aplazarlo para la próxima conferencia.

A. PELLICER PARAIRE

# PÁGINAS LITERARIAS

## Voz de combate<sup>1</sup>

El canto rojo, el canto  
Redentor. Ese quiero, ese levanto  
Sobre la muchedumbre que me escucha:  
La altiva, la fraterna, esa que lucha  
Y sufre.

Soy el mismo de ayer, siendo más fuerte  
Porque junto de mí cruzó la muerte.  
¡Y porque solo estoy (¡yo soy quien era!)  
He de hacer de mí verso una bandera!

Soy voz de la mesnada  
Que con propio dolor templó su espada  
¡Esa, la vengadora  
Que, tajando en la noche, hará la aurora!

Puede ser la palabra maza y fuego  
Que queme la maleza antes del riego.  
Prepáremos la tierra los videntes:  
En el erial no arraigan las simientes.

Con mi lira vibrante  
Quiero animar la hueste vacilante;  
Quiero llevarla donde  
Al grito del amor, amor responde;  
Pero do el latigazo  
Se detiene en el aire con el brazo.  
¡A la hueste gloriosa  
Sólo puedo cantarla victoriosa!

La prefiero dormida  
Antes de que se mueva sometida;  
O presa de la muerte,  
Antes que esclavizada se despierte.

Por eso es que levanto  
El canto redentor, el rojo canto  
Sobre la muchedumbre que me escucha:  
La altiva, la fraterna, esa que lucha  
Y sufre.

ALBERTO GHERALDO

## Torna al pueblo...

Arrancado de entre el nido de sus límpidos afectos,  
separado de su siembra, de su arado y de su buey,  
va el fuerte hijo de los campos tristemente pesaroso  
con su amor y sus anhelos, al martirio del cuartel.

Allá quedan sus recuerdos, y su madre, y su adorada,  
todo queda en la distancia como diciéndole adiós...!

Da, mancebo, tu postrera, tu más franca despedida;  
quien se fué por esa senda nunca, nunca retornó.

Oh! mancebo! cuando llegue á tus tierras el verano  
no estarás en tus cosechas al calor del rubio sol;  
uno menos en la choza que atesora sus afectos,  
uno más uncido al yugo de la mísera abyección.

Oh! labriego! torna; torna, tus ancianos te reclaman,  
ya tu padre está cansado. Qué te importa á tí la ley?  
Vino acaso, protectora, á aliviar tus padeceres?  
si sufriste, compasiva vino á verte alguna vez?

Mozo áltivo, tú, no sabes que allá en la urbe populosa  
perderás tus esperanzas, y tus fuerzas, y tu amor.  
Esos brazos prepotentes que manejan el arado  
no sabrán, entorpecidos, el manejo del cañón.

Torna al pueblo, nunca sepas de asquerosas podredumbres  
ni de ciegos servilismos que allá habrías de aprender.  
Qué grandiosa la montaña con su vida de inocencia!  
Qué ridícula, qué abyecta la comedia del cuartel!

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Poema escrito luego de escapar de una emboscada en la cual estuvo á punto de sucumbir el poeta á manos de la mesnada estudiantil conservadora de Buenos Aires.

<sup>2</sup> Joven intelectual costarricense cuya perseverante labor literaria va colocándolo sobre la pista de los vencedores. Los frutos de su esfuerzo son cada vez más apreciables.

## Las manos de las madres

Lo mismo que las flores, sus modelos, nuestras manos deben hacer oficio de cáliz, que recoja el rocío y la miel, para nutrir el cuerpo y distribuirlo á otros seres que lo han menester.

CARMEN SYLVA.

Una de estas mañanas paseaba por las afueras de la ciudad. Al pasar por una casa de pobre apariencia, me sorprendieron dolorosamente los gritos de un niño. En medio de la habitación que daba á la calle había una mujer de cara iracunda que descargaba golpes en la cabeza de un débil niño de seis años, que agarrado á las rodillas de ella, escondía el angustiado rostro entre las faldas, como si buscara auxilio en la misma que le maltrataba. Al alejarme con el corazón oprimido, le oí decir sollozando: «no me pegue más, mamita, que nunca volveré á perder *un cinco*».

—¡Pobre niño, me dije, seguramente ha perdido *un cinco* y por ello su madre le golpea! ¡Qué ironía!

Por *un cinco* borra todo recuerdo amable que ella podría dejar en el corazón de su hijo.

Continué mi paseo haciendo tristes recuerdos. La escena que acababa de presenciar, me hizo recordar á una dulce chiquilla que conocí ha mucho tiempo.

Esto sucedió durante mi último año de Colegio y fué para buscar á un compañero de estudios, con el que me unía una íntima amistad, que visité varias veces la casa de esta niña. La primera, me encontré con una muchachita sentada en el umbral de la puerta, jugando con su muñeca. Tenía los cabellos ondulados, de un rubio ceniciento y de entre la gloria de crespos brotaba como una flor el rostro de color sonrosado; su naricilla respingada imprimía en él un aire picaresco, acentuado en aquel momento por una mancha de jalea que lucía en la punta de ella.

Me causó una sensación deliciosa: todos los niños sonrosados y que sonríen me la producen.

Con el tiempo nos hicimos amigos. Ella iba siempre muy modosa y limpia; se conocía que la habían acostumbrado á andar al cuidado del traje. Al llegar yo, corría á encontrarme; me gustaba verla levantar hacia mí su hociquillo riente y rojo y su pequeña nariz respingada.

Cuando la pregunté cómo se llamaba, me contestó: «Ana». —Bonito nombre tienes, pequeña. De hoy en adelante te llamaré Anita. —No me llame Ud. Anita, me suplicó muy seria. Dígame Ana, simplemente. Por aquí vive una chiquilla que pelea mucho conmigo y todos la llaman Anita; quiero ser Ana.

Luego me contó que mi compañero era su tío Joaquín, que tenía dos hermanos, uno que ya iba á la escuela y otro más pequeño que ella, más malo y lindo! La madre era una mujer joven y bonita, de rostro que me pareció lleno de bondad.

—Tiene Ud. una preciosa niña, señora, la dije.

Me sonrió complacida y acarició á su hija que se agarró á su falda. Es un movimiento de los niños que me encanta. Hay en él todo un poema de ternura: él dice del amparo que ellos encuentran entre los pliegues ondulantes del vestido maternal. ¡Y pensar que á veces se equivocan! Si las madres vieran la confianza que flota en el ademán de sus hijos, al agarrarse á su falda, nunca dejarían caer su mano para maltratarlos.

Cuando estuve en casa, pensé con cariño en aquella joven madre y al pensar en el amor con que trataría á sus hijos, dije en un arranque de lirismo: «es una linda flor con tesoros de aroma y miel en su seno». Sin querer, comparé la vida que debían tener aquellos dichosos niños al lado de una madre tan joven, tan linda y en cuya faz sólo encontrarían sonrisas, con mi vida de chiquillo, en el caserón de mi tío, el rígido señor de C. . . . ., siempre vigilado por el rostro de mis tías, dos

señoras derechas y tiesas, de rostros impasibles, cuyas miradas majestuosas me hicieron temblar de pequeño y reír á hurtadillas de adolescente.

Esa noche me dormí sonriendo al recuerdo de Ana, agarrada á los pliegues del traje de su madre.

\* \* \*

Una tarde me dirigí á casa de mi amigo. El crepúsculo envolvía la calle llenándola de melancolía. Era la hora en que las madres deshacen las camas de sus hijos que juegan frente á la casa. Ana corría con su hermanito en la media calle y sus gritos alegres iban como campanillas que voltejaban entre la melancolía de la tarde. El pequeño cayó y se hizo daño en las piedras. Yo ví á la niña acudir á él y con el gesto amoroso de una madre en miniatura, besarle y pasaale la mano por las rodillas adoloridas. Me pareció tan encantadora, que deseaba cogerla entre mis brazos y besarla en la frente.

A los lloros, la madre salió presurosa y la oí gritar con voz descompuesta: ¿No te dije, Ana, que tuvieras cuidado del niño? Eres una poca pena. Y con mano despiadada pegó á la niña en la cabeza.

Mi dolorosa estupefacción fué inmensa. ¿Era aquella la dulce madre en que yo había soñado? La madre á quien no podía imaginar sino sonriendo á sus hijos?

Ella se internó en la casa con el niño y Ana quedó en la acera. Al acercarme sollozaba amargamente, recostada en la pared y con el rostro entre las manos.

—No llores, Ana—la dije—acariando sus bucles.

Pero no me contestó, y el recuerdo de sus sollozos, llenos de amargura, fué lo que esa noche me acompañó en mi cuarto de estudiante.

\* \* \*

En otra ocasión me detuve al entrar, á la puerta de la habitación de la madre de Ana que estaba en ella con sus

hijos. Jugaban los niños entre los muebles y ella parecía nerviosa con los movimientos de éstos. El chiquitín corrió á refugiarse en sus rodillas y ella lo levantó entre sus brazos con cariño. Ana entonces se colgó á su cuello y atrajo hacia sí la cabeza de su madre para besarla. Era un bello cuadro.

Pero la madre lo deshizo cruelmente. Con un movimiento de enojo desató el suave lazo que los brazos de Ana formaron en torno á su cuello, y con acento grosero la dijo:

¡Quita, que me fastidias!

La niña, avergonzada, se retiró tras las cortinas.—Qué pensamiento maltrataría su corazón? Casi lo adivinaba. Era éste.—¿Por qué á mí me rechaza y á mi hermanito no?

Cuando salí, ya ni la madre ni el niño estaban en la sala, pero Ana continuaba todavía en el mismo sitio. Ya no lloraba; tenía los dedos introducidos entre las puntas del encaje de las cortinas y sus ojos enrojecidos miraban ante sí con aire de meditación.

¿Qué pensaría aquella cabeza de seis años?

\* \* \*

Pero nunca me pareció tan cruel como este día. Estábamos en su cuarto mi amigo y yo: él escribía y yo dictaba.

Nadie sabía que nosotros estábamos en casa. Podíamos ver lo que pasaba en la habitación del frente á través de las cortinas de una ventana. La señora cosía en ella. Tenía la cabeza ceñida por una venda.

Debe estar enferma, pensé. Ví pasar á Ana saltando con su gran perro y penetrar en la habitación donde estaba su madre. Esta le ordenó sentarse «con formalidad». El perro continuó moviéndose delante de su amita. Con uno de los movimientos de la cola, derribó el endeble costurero que tenía la señora frente á ella. ¡Pobre animal! Se levantó llena de ira y descargándole puntapiés lo echó de la habitación.

—«Quíta de aquí, sinvergüenza».

El rostro de Ana estaba lleno de pena. Se estuvo quieta durante un rato, pero como los niños no pueden estarlo mucho tiempo, comenzó á mariposear en torno de su madre.

¡Santo Dios! ¿Qué hizo la niña? No pude contenerme y prorrumpí en una exclamación.

Ana había volcado un vaso de agua sobre unas telas. No olvidaré nunca el rostro congestionado de aquella madre. Estaba feroz. Con zaña increíble golpeó el débil cuerpo de su hija. La ví muchas veces levantar su mano blanca y bella y descargarla sobre la indefensa cabeza de la chiquilla. Era un espectáculo odioso y yo la aborrecía. La apostrofó con las mismas duras palabras con que arrojó al perro: «Quita de aquí, sinvergüenza». Y añadió: «Quisiera matarte».

La niña salió con las manos en la cabeza... huía hacia dentro como si huyera de algo horrible. Había una inmensa desesperación en su carrera: parecía como si todo hubiese acabado para ella.

¿Se había fijado la niña en que su madre la abrumó con la misma imprecación con que lo hizo á su perro? ¿Así estarían confundidos la niña y su perro en el corazón de esa mujer?

Mi exclamación y la voz iracunda de su hermana llamaron la atención de mi amigo.

Salió de su cuarto é intervino: —Eres muy cruel, María le dijo. No of más; ambos hablaban con acento comprimido. Cuando volvió á entrar me dijo así, en tono confidencial, pero exaltado: —No sé cómo son estas madres; ya ves cómo la trata; pues cuando cae enferma se desespera y no se separa un momento de su lado; si un chiquillo de la vecindad le pega, arma un buen alboroto y sin embargo ella lo hace sin piedad. Y Ana olvidará los golpes de sus compañeros, pero no olvidará nunca los de su madre. A mí me indigna mi hermana, te lo digo francamente: figúrate que porque los niños desgarran ó ensucian sus vestidos, los maltrata con la mano y con la palabra, como si sus vestidos fueran

para ella más queridos que sus hijos!

Estas mujeres tan mal educadas no deben tenerlos! Los hombres al buscar esposa no pensamos más que en la satisfacción del instinto. Buscamos la mujer, no la madre!

Mi amigo estaba realmente indignado.

—No sabes—continuó—cuánto lucho yo aquí por la educación de esos niños, pero sus padres no hacen caso. Y lo más extraño es que mi hermana tuvo una niñez bien triste con su madrastra. Parece haber olvidado la amargura de sus días de chiquilla. Cuando se casó creí que sería una madre cariñosa porque sus dolores de niña los recordaría siempre y los evitaría á sus hijos, pero como ves, me equivoqué.

••

Si alguien me hubiese contado esos hechos, yo habría imaginado una horrible madre, con el aspecto que tienen las ogros y brujas que ilustran los libros que leí de niño.

••

Después de aquel tiempo he tropezado en mi vida con muchas madres parecidas á la de Ana. La educación que dan á sus hijos se reduce á alimentarlos, vestirlos y maltratarlos con sus manos y con sus palabras. Una me decía una vez, con tono admirado, hablándome de unos sobrinos suyos: «Son niños á quienes no pegan nunca! figúrese Ud!» Sonreí con amargura y miré con lástima al pequeño que tenía sentado en sus rodillas.

No hay escena para mí más repugnante y dolorosa, que ver á una madre con la mano levantada amenazando á sus hijos. ¿No tienen ojos para ver el gesto de desesperación, de impotencia y hasta de odio que hay entonces en el rostro de los niños? Si en sus corazones hubiera malicia, sus labios sabrían decir: «Para esto nos trajísteis al mundo?» Y sobre todo, ¡cuántos golpes injustos, dados por no saber leer los sentimientos de los niños! Golpes que

esculpirán seres escépticos, amargos, tristes, para quienes la vida no es sino un largo y doloroso camino.

La mano que *debe* posarse siempre llena de amor sobre las cabezas infantiles, que *debe* ser de seda y nunca de hierro, que *no debe* levantarse sobre ellas sino con el gesto del Bautista que derrama el agua que redime de toda culpa, es la mano maternal.

Quisiera poder soñar siempre con manos de madres que reposan en las cabezas de sus hijos, acariciadoras, adornándolas como ramos de lirios inmaculados; con manos de madres tendidas, semejantes á palomas que vuelan para bendecir al hijo que duerme; ó bien convertidas en blancos sendales con que éste enjугue sus lágrimas y vende sus heridas. En manos que al retirarse se sintieran presas entre otras, para llevarlas á una boca que quiere dejar en ellas un sello de amor.

¡Son tan bellas las manos de las madres cuando se entrelazan con las de sus hijos para guiarlos! Este es su papel en el mundo: servirles de estrella que dirija sus pasos.

¿Qué importa la aspereza de las manos callosas de las madres trabajadoras? Si éstas no se levantaran nunca brutales sobre la cabeza de los que

llevaron en su seno, para éstos serían hechas de rayos de luna, de azucenas, de seda.

Si las madres supieran dejar en la memoria de sus hijos el recuerdo de sus manos sólo en actitud de bendecir y de guiar, el amor no sería planta tan rara en la humanidad y los tristes de corazón aparecerían menos entre los hombres.

Manos maternales, sabed ser sólo amorosas; sed bálsamo, sed escudo, sed estrella, nunca dolor.

Que vuestros hijos las veneren como reliquias. Recordad que la vida es dolor y que si éste llega á vuestros hijos ofrecido por nuestras manos, ¿en dónde irán á buscar ellos la mano que los consuele?

¡Oh mujeres! Si de doncellas vuestras manos no han sido sabiamente educadas en el amor y para el amor, no seáis madres!

ANDRÉS DUQUE

Este bello trabajo nos fué remitido en sobre de sígilo. La mano femenina que supo trazar tan bellas líneas, se oculta para nosotros bajo el guante del pseudónimo. Respetaremos el arcano de su reserva y prohibamos su hermosa producción para no privar de ella á los lectores de esta revista sin faltar á la consigna de que todos los trabajos que en ella aparezcan tengan un padre conocido. La madre de éste, al fin se decidirá á levantar sobre él su mano en actitud de acariciarlo. Estamos seguros.

## CRÓNICAS SOCIALES

### La Ley del progreso triunfará

El enemigo más innoble que tienen los que no están conformes con la sociedad actual, opresora, enervada y gangrenosa, es la iglesia; esta institución que tiene los bacilos infecciosos, en fuerza de agitarse en la sangre humana cuyo derramamiento ha originado para conseguir el logro de sus nefastas y desleales aspiraciones de dominio tiránico de los pueblos, actúa en los escondidos bastidores de la política en calidad de directora á la cual no se le puede oponer ningún veto ni freno alguno.

Las naciones europeas le rinden pleitesía y dobléganse servilmente á ella, si no ya por devoción como le sucede á Francia, sí al menos por conveniencia é hipocresía como actualmente acontece á Italia, puesto que por ser la más rica y preponderante de todas las asociaciones del mundo, su proteccionismo, aun cuando este sea interesado y pernicioso, puede hacerse necesario á los poderes mayestáticos; los pueblos americanos, nacidos ayer á la vida, están evidentemente bajo la férula de Roma, y la iglesia

prolonga sus morbosos tentáculos hasta aquí, para extraer con sus ebrias antenas el jugo rojizo, la sangre rebelde de los renovadores de todas procedencias que se establecieron por estas tórridas zonas de lánguida poesía y suaves nostalgias, como dando un compás de espera á su peregrinaje incesante, amargoso é inquieto, sorprendida la imaginación y estremecido el espíritu por la belleza salvaje y flácida, desbordante y abrumadora, tornadiza, dulzona y blanda de las tierras tropicales.

Es evidente que allá en Europa, *nervio del globo, corazón de la civilización, almícula del progreso, Waré-Atuà* de las ciencias, ha sido decretada por los sabios naturalistas y filósofos no metafísicos la defunción de Dios.

Convencida la iglesia de que sus milagrerías, sus dogmas, sus artificiosas feticheras no pasan de ser la letra muerta, atávica y maloliente de libro antiestético, grasiento, que rebosa microbios de tisis, que no contiene amenidad ni se cotiza por falta de postores; cerciorada la iglesia de su incapacidad para continuar debatiendo con la ciencia y el progreso que trató de ahogar y detener sobornando á los que se venden, repartiendo prebendas á los ambiciosos y flexibles, atemorizando á los medrosos é inmolando á los íntegros, hace caso omiso de la careta de humildad y pobreza con que largos tiempos ha cubierto su maldad y sutileza para acaparar el oro amasado con lágrimas, sudores y miserias de sus famélicos rebaños, y, ahora, dando á cada época lo suyo, intenta desprestigiar las ideas que el siglo xx inyecta á la humanidad y eliminar á los hombres que tienen la valentía de ser sus enemigos, por medio de la irresponsabilidad que en este corrompido ambiente crea la riqueza; amalgamándose con la burguesía; comprando á precio alto toda

la taifa de hampones parasitarios y catequizando á los gobernantes de todas calañas.

Incontestable y grande es la prueba por que han de pasar los corazones generosos que tanto en el viejo mundo como en las Américas combaten á la iglesia y sus aliados, y pretenden hacer resurgir una sociedad fuerte y buena de un espectro disforme, ruinoso, podrido en su médula. Triunfante allí la iglesia, no por la virtud de la sabiduría, pero si por la malsana preponderancia que ejercen sus tesoros y, enseñoreada aquí, sobre la debilidad de los poderes constituidos que doblan su espinazo á empresas patrocinadas por ella y el jesuitismo, divorciándose por triste error del pueblo, los emancipados, los superiores de uno y otro extremo habrán de luchar, titánicamente, contra la calumnia y la vejación, la cárcel y el extrañamiento, el hambre y el suplicio.

La iglesia es temible, monstruosa; dorrotado su dios mitológico por la razón del hombre, improvisa otro dios: el dinero; dominó el mundo esparciendo el engaño, la ignorancia, las tinieblas, y desea seguir dominándolo sembrando, aún más, la miseria, la sed y el hambre, pero, inútil empeño será el suyo.

Sacrificado Bruno, torturado Galileo, aparecieron un Darwin, un Haeckel, Büchner; inmolado Ferrer han surgido un Torner, un Mattey, un Casasola y otros educadores de la infancia que estóicamente mirarían los orificios que vomitasen las balas asesinas que les arrebatasen la vida.

Es ley inexorable, ineluctable, que el progreso despertará á los dormidos; la razón y, aún más, la fuerza psíquica, adquirirá el temple de la consecuencia y la dignidad en la *Escuela Moderna*; las nuevas ideas de redención empujarán hacia adelante á los parias, á los

---

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribidos y buscados suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

esclavizados; la ley del progreso se cumplirá irrefragablemente desterrando de las conciencias todo sentimiento infamante de idolatría, de sumisión y servilismo y, cuando la humanidad haya, por fin, sepultado los vestigios de religiones inhumanas y fraticidas en los pliegues de sus convulsiones

vengadoras, implacables y apocalípticas, empezará á regir la Igualdad visionada y la Justicia irreductible y á brillar la luz de la Verdad esfumándose las opacas sombras, y huellas sanguinolentas de una institución absolutista, opresora, y sanguinaria.

ISAAC G. LÓPEZ

## Epílogos

**Paseo dominical** Caminando, caminando entre el frescor de la riente mañanita, saludamos uno á uno los sitios todos que un tiempo recorriéramos diariamente, rumbo á la casita campestre que abrigó los únicos grandes y puros amores de nuestra vida.

Bordeando el sendero, los arbustos polvorientos—mirados tantas veces—sacudían su follaje para agasajarnos; en cada hueco de los paredones, en cada pedrón desmayado entre la yerba, íbamos encontrando los retazos de aquellas emociones dulcísimas ó tristes, acariciantes ó atormentadoras que á nuestro paso—en otros días—fuimos cogiendo de todo.

Los recuerdos saltaban sobre el camino ante nuestros ojos extasiados, como esos pájaros nocturnos que á la luz de la luna preceden á los viajeros dejándose caer como hojas secas en mitad de la vía y levantándose luego al acercarse aquéllos, con vuelo sutil de mariposas.

Cada una de las preocupaciones melancólicas ó alegres que en un tiempo ya lejano agitaron nuestro pensamiento, y que clavamos con la mirada en cada uno de los objetos hallados en la ruta, movían al vernos sus patitas como para indicarnos que allí estaban, vivas aún, á despecho del tiempo que ha pasado.

La acequicilla rumoreante, el portón valetudinario, el potrero extendido como una alfombra anchurosa, tuvieron su palabra especial para el oído.

Y luego la casita hoy ruinosa que

antes encerró—vivos y hermosos—los poemas de nuestra dicha; y luego la arboleda bajo cuyos arcos de frondas corrieron desgranando risas sobre las hojas secas los hijos primeros de nuestro amor.

¿La hamaca tendida de árbol á árbol como una unión sin rigidez? ¡Ya no está!

¿La manada de gansos que estiraron el cuello para mirar cuál se columpiaba nuestra ventura, y aplaudieron después con sus alas la explosión de la vida en nuestros labios? ¡También ellos se fueron!

Pero ¡ah! bendito el día de inmensa paz, de incomparable descanso vivido allí en diálogo con las voces del pasado.

Decid, hombres tediosos, trabajadores inconsolables, que conjuráis al vicio para que venga á llevaros un rato el fardo de vuestros sinsabores, ¿no habéis salido nunca al campo los domingos á los parajes conocidos que alguna remembranza os guardan con cariño?

¿Es que no hay algún sitio, algún rincón agreste poblado por el enjambre de vuestros recuerdos?

Haced la experiencia, os invitamos. Id despertando la fila de las emociones que os esperan durmiendo. Cuando hayáis caminado un buen trecho, ya no iréis solos. Detrás de vosotros marchará un escuadrón de niños, visibles para vosotros solamente, cantando la sonora canción de la esperanza.

Sus voces apagarán el dejo de vuestra melancolía.

¡Salid al campo los domingos!

Psicología  
nacional

Por haber rehusado un empleo público de alguna importancia—para el cual la ocurrencia gubernamental tuvo á bien designarnos—las gentes que no comprenden la fuerza de sinceridad con que llevamos adelante el dulce cargamento de nuestros ideales, han dado en exagerar—para elogiarlo ó para vituperarlo—ese acto sencillísimo de nuestra convicción. Tal exageración no agrega timbres al mérito que nuestro proceder pudiera reflejar, ni arroja sombra alguna en la pureza de nuestras intenciones. Y antes bien pone de relieve el estado moral colectivo en que transitoriamente vive el país.

No recogemos, pues, para nosotros, ninguno de los elogios privados y públicos que se nos han dirigido. Tampoco prestamos oído á las censuras. Que si efectivamente se es rey del momento en una tierra de ciegos del respeto propio, porque se lleva un ojo abierto á la lealtad á las ideas sustentadas, tal supremacía sólo puede lisonjear á quienes—huérfanos de todo intento humanitario—dedican la energía de su inteligencia al cultivo de su popularidad. Nuestro paladar repugna tan insulsos manjares.

Por lo que ellos pueden servir á los fines de nuestra propaganda, consignamos aquí los puntos principales de nuestra contestación al Ministerio.

«No hemos podido conciliar—á despecho de la buena voluntad puesta en conseguirlo—estos dos extremos bien definidos de nuestra manera de apreciar las cosas: la aceptación de un puesto público, y la convicción cada vez más robustecida por la experiencia, de que la salud del país está en el alejamiento de esos puestos de la mayor suma de sus energías. Entendemos que sólo así lograría quien lo quisiera simplificar de tal modo los servicios, que el organismo del Estado dejara de ser lo que hoy es: una carga abrumadora que ya no puede soportar el hombro de la multitud.

Dejamos para que de ella juzgue quien deba, la cuestión de nuestras capacidades para el puesto ofrecido,

y entramos en la parte moral del incidente. No nos hacemos la ilusión de creer que pueda realizarse el bien dentro de un sistema viciado por completo. El fracaso doloroso de algunos intentos del gobierno mismo en que usted colabora, nos han confirmado esa realidad; y usted habrá comprendido por ellos que entrando—como forzosamente tiene que entrar—en la administración del país el interés político, la integridad de los hombres que á esa administración lleven su esfuerzo, habrá de irse quedando en girones por el camino de las componendas.

¿El resultado? Un personaje más sobre el Erario y una conciencia menos en el país, cada vez más necesitado de ellas.

¿No le parece á usted que se sirve mejor á la comunidad desde la oscura posición de un sano ejemplo y de una propaganda lenta y eficaz entre el silencio de las masas, que contribuyendo á guardar las rentas del alcance de los malversadores subalternos, mientras se sufre el dolor de contemplar por otros lados el derroche inevitable? A la postre ¿qué gana el país en tal empresa?

Además, se nos invita amablemente á contribuir á la custodia de una renta que á nuestro idealismo impenitente siempre ha parecido inmoral: la renta de licores. Juzgándola así, ni la excusa de contribuir á reglamentar del mejor modo las resultas de un daño secular inevitable, podría valer ante nuestra conciencia, que es á quien únicamente damos satisfacción de nuestras acciones.

Como ya dijimos á usted, la buena labor de futuros gobiernos bien intencionados—si es que el país puede producirlos—se hará posible despejando el sendero del impenetrable zarzal de la empleomanía que ataja ahora—bien lo sabemos—los más rectos avances. En esta tarea de despejo encontramos íntimas satisfacciones, y no queremos perder nuestro derecho á señalar á los jóvenes la ruta que habrá de alejarlos de los puestos públicos. Para el servicio que hoy se nos pide en tan honrosas

condiciones, no escasearán brazos más aptos».

Claro se está que parapetados en nuestro anhelo de siempre por la desaparición absoluta de la violencia organizada que á sí propia se impone el *grave deber* de procurar nuestra ventura, holgarían los argumentos que dejamos expuestos. Nuestra negativa á servir en las labores de un Estado en cuya destrucción nos empeñamos, quedaría perfectamente respaldada por esa profesión de fe acratista que de tiempo atrás tenemos hecha.

¿Pero cómo hablar á los Estadistas en un lenguaje incomprensible para su sentimiento?

Por eso hemos fundamentado la repulsa en otro orden de razones no me-

nos fuerte con ser más accesible al medio en que luchamos.

Estamos en la ruta por nuestra voluntad. Y al sonar el ángelus de la conveniencia desde los campanarios de la oportunidad, seguimos impasibles sin sentir en el ánimo los estímulos de la reverencia.

Por eso no nos inclinamos; y en ello, lejos de mirar los méritos de un sacrificio, sólo encontramos una fácil satisfacción de nuestro deber.

Quédese el galardón del heroísmo para los combatientes que lo apetezcan. Nosotros sólo aspiramos—para la mayor eficacia de nuestro apostolado—á que se tenga por cierto el hecho de nuestra sinceridad.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

## Pensamientos

Lo cierto es que el cuidado y los sacrificios de nuestros padres se dirigen exclusivamente á atestarnos la cabeza de ciencia; del juicio y de la virtud, nada sabemos.

Se trabaja sólo para llenar la memoria, y dejamos vacíos el entendimiento y la conciencia.

Sabemos decir: «así dijo Cicerón»; «tales eran las costumbres de Platón»; «he aquí las palabras textuales de Aristóteles»; pero ¿qué decimos nosotros mismos? ¿qué juzgamos por cuenta propia? ¿qué hacemos? Sin eso, lo mismo diría un papagayo.

Aceptamos las opiniones y el saber ajenos... mas ¿de qué nos sirve hartarnos de viandas si no las digerimos, si no las transformamos en nuestro propio ser?

Podemos ser sabios con el saber de otro, pero se es prudente con la prudencia propia.

Ved mi escolar que vuelve del colegio; nada tan duro como ponerle en condiciones de aprovechar sus estudios, porque el único aumento que se nota en él es que vuelve más tonto y presuntuoso que cuando salió de casa.

Preguntado Agesilao sobre lo que opinaba que debía enseñarse á los niños, respondió: «lo que hayan de hacer cuando sean hombres».

Quisiera yo que se tuviera más cuidado en escoger para el niño un conductor que tuviera la cabeza bien hecha mejor que muy llena.

MONTAIGNE



**RECOMENDAMOS** á nuestros lectores lean la siguiente página de avisos. Todas las obras científicas y literarias que nos pidan, las serviremos en seguida. Pago anticipado.

IMP. ALSINA, San José, Costa Rica

## Condiciones:

Costa Rica (trimestre) . . . . . ₡ 1.00  
Extranjero (semestre) . . . . . \$ 1.00 oro am.  
Numero suelto: 20 céntimos

ABONO ANTICIPADO

ADMINISTRACION: 7ª Avenida Este, 247  
San José, Costa Rica

DE VENTA

en la PELUQUERÍA ESPAÑOLA  
(Contiguo al almacén de comercio "La Alhambra")

En Europa deben pedirse las suscripciones á don Anselmo Lorenzo,  
calle de Casanovas, núm. 32. 2º, BARCELONA (España).

# En la Sociedad de Agencias Editoriales

DE

## FALCÓ & ZELEDÓN

Están á la venta las siguientes importantes obras:

### Un drama bajo Napoleón I

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

### El misterio de Clomber

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

### Varias Historias

por MACHADO DE ASSIS. Un tomo empastado: ₡ 1.00.

### A bordo y en tierra

por FENIMORE COOPER. Dos tomos empastados: ₡ 2.00.

### La gloria de don Ramiro

por ENRIQUE R. LARRETA. Un tomo empastado: ₡ 1.50.

### El demonio de los Andes

por RICARDO PALMA. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

### La venganza de Sandokan

por EMILIO SALGARI. Esta obra se vende por entregas de 32 páginas y una lámina. Consta de 12 cuadernos á 20 céntimos cada uno.

### Auxiliar del Arquitecto y del Ingeniero constructor

Por CARLOS SIE, Ingeniero Civil. Un tomo empastado, con varios grabados: ₡ 3.00.

### Crianza del niño de pecho

Por el Dr. GALTIER-BOISSIÈRE. Un tomo en rústica, con varios grabados: ₡ 0.75.

### Para evitar las enfermedades venéreas

Por el Dr. GALTIER-BOISSIÈRE. Un tomo empastado, con varios grabados: ₡ 0.75.

# ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,  
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

# La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

## PAGÉS Y COMPAÑÍA

## Pan para Todos

de excelente calidad, elabora la

## Panadería de Pablo Torrens

situada en la Cuesta de Moras.

Invítanos á nuestros lectores  
y al público en general, á pro-  
teger esa empresa.

## SE SIRVE A DOMICILIO

Apartado de Correos No. 30

## FOLLETOS EN VENTA

<b>Grandes prostitutas y famosos libertinos</b> , por Emilio Gaute . . .	\$ 1.05
<b>Las Tenazas</b> , comedia en tres actos, por Pablo Hevieu . . . . .	0 50
<b>La Epidemia</b> , comedia en un acto, por Octavio Mirabeau . . . . .	0 25
<b>La aula</b> , cuadro dramático, por Luciano Descaves . . . . .	0 25
<b>Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis</b> , conferencia por el Dr. Queraltó . . . . .	0 25
<b>Ni Dios ni Patria</b> , por Benjamín Mota . . . . .	0 15
<b>Palabras de actualidad</b> , por Anibal de Pretti . . . . .	0 15
<b>Cómo vivimos y cómo podríamos vivir</b> , por William Morris . . . . .	0 15
<b>El poseedor romano</b> , A. Lorenzo . . . . .	0 15
<b>La unión revolucionaria</b> , J. Grave . . . . .	0 10
<b>La mujer desde el pasado al porvenir</b> , José Sergi . . . . .	0 10
<b>El problema de la población</b> , Sebastián Faure . . . . .	0 10
<b>La libertad</b> , Bernardo Lazare . . . . .	0 10
<b>El individuo y la masa y La Educación de la libertad</b> , A. Pellier Péraire . . . . .	0 10
<b>¿Dónde está Dios?</b> , M. Rey . . . . .	0 10
<b>La mujer esclava</b> , René Changhi . . . . .	0 05
<b>En tiempo de elecciones</b> , por Enrique Malatesta . . . . .	0 05